La ficha que dejó en la mesa

En el salón de la biblioteca habían colocado seis mesas para el torneo de dominó del barrio. Sobre cada una había un mantel de papel y un plato con lápices. Inés llegó cuando empezaban a repartir las fichas y se sentó junto a la ventana, donde todavía entraba algo de sol.

Era la primera vez que participaba. Su hija Vera la había inscrito después de escucharla decir, durante meses, que echaba de menos las partidas del antiguo club del pasaje. «Te he apuntado; si no quieres jugar, por lo menos saluda», le había escrito. Inés llevaba en el bolso un pequeño juego de repuesto que Vera le había regalado. No pensaba sacarlo. Las fichas del torneo estaban ordenadas en cajas idénticas.

En la mesa de al lado, un hombre se agachó junto al banco para buscar algo en el suelo. Se llamaba Tomás, según la tarjeta que tenía delante. Había dejado caer una ficha al cambiar de sitio, y esta se había deslizado entre la pared y una pata de madera.

—La veo, pero no llego —dijo, con un brazo debajo del banco.

La coordinadora se acercó. Intentó mover el asiento, pero uno de sus extremos estaba sujeto a la pared. Habían empezado las demás partidas y no podían dejar el paso ocupado.

—¿Qué ficha falta? —preguntó Inés.

—La tres-cuatro —respondió Tomás.

Inés abrió el estuche que traía. Encontró una tres-cuatro de color hueso. Su reverso verde la distinguía de las piezas oficiales. La puso sobre la mesa para que la vieran.

—Tengo una con los mismos puntos, pero es de otro juego.

Tomás asintió. La coordinadora trajo una ficha idéntica a las del torneo de una caja de repuesto. Antes de jugar, Tomás le dio la vuelta a la ficha verde de Inés. En uno de los cantos había una raya oblicua, casi blanca, que no era una grieta.

—¿De dónde ha salido? —preguntó.

—De mi casa.

—Eso ya lo imagino. Me refiero a la raya.

Inés tomó la pieza. Había visto aquella señal muchas veces, pero nunca se había preguntado por ella.

—Mi hija me regaló el juego cuando cerró el club del pasaje. ¿Por qué?

Tomás levantó una ceja, sorprendido de una manera que no parecía fingida.

—Mi hija Lucía reparaba fichas allí. Cuando se desprendía una esquina, la pegaba y marcaba el canto para comprobar que no se volviera a abrir. Hacía una raya así, inclinada hacia el lado sin puntos.

Inés examinó el borde. La pieza tenía, en efecto, una esquina más lisa que las demás. Pensó que Tomás exageraba: una raya no podía contar por sí sola la historia de una ficha. Pero él no reclamó el objeto ni quiso detener la partida. Devolvió la ficha verde a Inés con cuidado, como si al hacerlo dejara una pregunta pendiente.

—A Lucía le gustaba arreglar lo que todavía servía —añadió—. Yo le decía que perdía más tiempo que dinero ahorraba.

—Vera decía lo mismo de sí misma —respondió Inés—. Que el club cerraba, pero las cosas no tenían por qué terminar en la basura.

Tomás sonrió apenas. Luego se obligó a mirar las fichas. Tenían que jugar.

La partida siguió con el ritmo torpe de quienes conversan demasiado. Tomás se equivocó al contar una salida y lo reconoció antes de que nadie protestara. Inés, desde su mesa, escuchó dos risas y el golpe seco de una ficha bien colocada. Cuando llegó su turno, comprobó que también estaba pendiente de la mesa de al lado. Se reprendió por mirar.

En el descanso, Tomás se acercó con dos vasos de agua. Le ofreció uno y señaló el estuche verde.

—No quiero quedarme con la ficha. Solo quería saber si su hija conocía a Lucía.

—Puedo preguntárselo, pero Vera trabaja de tarde. Y no quiero convertir una tarde de dominó en un interrogatorio familiar.

—Yo tampoco. Mi hija cree que llamo para preguntarle por su bicicleta y termino preguntando si come bien.

Inés soltó una carcajada breve. Era un tipo de conversación que conocía demasiado bien. Le contó que Vera vivía cerca, que a veces le dejaba bolsas de naranjas junto a la puerta y que nunca encontraba tiempo para quedarse a tomarse una. Tomás habló de la radio que Lucía había reparado para su cocina y de los programas que él escuchaba aunque no le interesaran, solo porque a ella le gustaba arreglarla.

Cuando les avisaron que comenzaba la ronda siguiente, Inés se levantó.

—¿Y usted cómo conoce a tanta gente aquí? —preguntó.

—Vengo los jueves. Antes no decía más de tres palabras. Hoy ya llevo una semana de conversación acumulada.

Inés regresó a su sitio con una sonrisa que tuvo que esconder detrás del vaso.

En la última ronda, Tomás quedó fuera de la final por una partida. Inés perdió la suya en el cierre; la ganadora fue una señora que había pasado toda la tarde fingiendo que no sabía contar. Le dieron un diploma hecho a mano y una bolsa de galletas. Nadie impugnó nada. La coordinadora recogió las cajas, cerró el torneo y apagó las luces de la mitad del salón.

Tomás volvió a la mesa de Inés.

—La tres-cuatro sigue debajo del banco —dijo—. Mañana podría venir a buscarla el conserje.

Inés ya tenía la chaqueta puesta. Había prometido llegar temprano a casa y el autobús pasaba cada veinte minutos. Miró el banco contra la pared, la parte de madera que rozaba el suelo y las patas de las mesas listas para apilarse.

—Podemos intentarlo ahora —respondió, quitándose la chaqueta.

Pidieron permiso para quedarse unos minutos. Tomás sujetó una linterna pequeña mientras Inés, con una regla de plástico prestada por la bibliotecaria, fue acercando la ficha perdida hacia la rendija. No avanzaba recta. Se volteaba y volvía a esconderse. La buscaron primero con impaciencia y después con la extraña tranquilidad de una tarea compartida.

—A nuestras hijas les habría resultado más fácil —dijo Tomás.

—A nuestras hijas se les habría ocurrido desmontar el banco.

—Y luego repararlo.

Inés se echó a reír justo cuando la ficha salió de golpe. Rodó por el suelo y se detuvo contra el zapato de Tomás. Era una tres-cuatro con reverso azul, sin ninguna marca. Él la recogió; ella guardó la suya en el estuche.

Al llegar a la puerta, ninguno pareció tener prisa por despedirse. El autobús de Inés acababa de pasar, visible detrás del vidrio.

—El jueves vuelvo —dijo Tomás—. Si quiere, traigo una foto del viejo club. Lucía estuvo en la última reunión.

—Yo le preguntaré a Vera si conoce a una Lucía que marcaba fichas —respondió Inés—. Pero primero me gustaría saber cómo se conocieron ellas dos.

Tomás miró el estuche, luego la calle.

—Podríamos averiguarlo con un café, antes de la próxima partida.

—Con dos cafés —corrigió Inés—. Y sin mover bancos.

Salieron juntos de la biblioteca.